JUVENTUD

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos, en prosa, original

PERSONAJES

INÉS DE MONTEMOR, veintiocho años.
SOCORRO, diez y nueve.
MISIA FIDELA, sesenta y ocho.
DOÑA TRASPASO, sesenta.
DALINDA, cuarenta.
BERNARDO SÁLVORA, veinticuatro.
JACOBO DE MONTEMOR, treinta y cuatro.
DÓN CARMELO, sesenta y cinco.
EL CATEDRÁTICO DE DERECHO, cincuenta.
SARMIENTO, veintitres
OCRATO.
CARBALLO.
PORTILLO.
PAREDES.
MOSQUERA.
} Estudiantes.
UN CRIADO.

La acción en nuestros días, en un ambiente provinciano

ACTO PRIMERO

La escena representa un jardín-patio, en una casa modesta. Por el fondo lo rodea una tapia, y la tapia tiene una puerta practicable, que cae á una callejuela; más allá de esta callejuela, se ven en perspectiva las torres de una Catedral. A la izquierda, la casa, con un emparrado y un banco; á la derecha, la tapia de otro jardín, del cual se ve una pequeña parte, poblada de árboles frondosos. En la tapia que separa los dos jardines hay una puerta no muy grande, también practicable. La casa, á la izquierda, tiene puerta practicable igualmente. En la pared de la tapia del fondo, á la derecha, un pilón lavadero. Cuerdas extendidas.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece MISIA FIDELA vestida de hábito del Carmen, con correa y escudo, sentada en el banco de piedra, debajo del emparrado, haciendo labor, y SOCORRO, recogiendo de las cuerdas tendidas junto al lavadero y doblando y colocando en un cesto ropa, paños y mantelillos de altar. Un momento después de alzado el telón se oye girar la llave de la puerta de la derecha, que comunica los dos jardines, y entra DON CARMELO, que encaja la puerta, sin volver á echar la llave ni recogerla. El traje de don Carmelo tiene algo de eclesiástico, pero ni usa tonsura ni lleva hábitos.

D. CAR. Santas y buenas tardes nos dé Dios... ¿No ha vuelto Bernardo?

MISIA FID. Santas y buenas... No, señor; no ha vuelto... La Virgen nos ampare.

SOC. No se apure, señora. No tarda. Don Carmelo, ¿un pocillo de chocolate?

D. CAR. Gran idea .. Venga... ¡Digo, no, no lo hagas! ¿En qué estoy pensando? Si acabo de tomarlo ahí, en casa de doña Inés.

SOC ¿No se recordaba ya?

D. CAR. Hija, ¡qué quieres! A veces se le va uno el santo al cielo.

MISIA FID. Lo que es el santo de usted no se mueve de allí. ¿Y qué tal? ¿Es cierto que doña Inés ha amueblado su casa con un lujo asiático?

D. CAR. (Recapacitando.) La casa... Espérese... ¡Ya lo creo, magnífica! Un piano tiene y un expresivo que trajo de Alemania...

MISIA FID. ¿Y no hay más muebles que el piano? Usted... sólo la música.

SOC. ¿Es cierto que hasta á los tiestos de flores les ha puesto corbatines de seda riquísima?

D. CAR. No te sabré explicar por menudo tanta majencia; pero no cabe duda que de allí á la gloria. Se pierde el gusto.

MISIA FID. ¡Qué vueltas da el mundo! ¡Señor! Aun no hace seis años faltaba ahí para arrimar el puchero á la lumbre, como quien dice... Más pobres que las arañas vivían doña Inés y su hermano don Jacobo, y hasta se corría que doña Inés trabajaba para fuera.

SOC. ¿De veras? Cuente, cuente.

D. CAR. Serían invenciones.

MISIA FID. Don Carmelo, con usted no se puede... Es usted como los profetas bobos, Dios me perdone, del pórtico de la Catedral. Usted por ese tiempo era organista en Túy... ¿Qué sabe de lo que por aquí ocurría? ¿Invenciones? Si pasaban miseria. El señor de Montemor, que era algo maniático, malbarató sus rentas en pleitos y negocios (así me lo contaba el señor Dean, que de Dios goce), y á los hijos les quedó esa casa hipotecada, con gran escudo sobre la puerta y mucha hambre dentro. Vino de Cuba el millonario, pa-

riente lejano de la familia de Montemor, y le dió por casar con doña Inesita, porque la vió que vivía tan retirada, y se fueron á viajar, y levantaron las hipotecas, y de allí á poco murió el rico y quedaron para la esposa sus millones.

D CAR. Ni sería tanta la necesidad ni el dinero. Envidias de la gente.

SOC. Diga, don Carmelo: ¿y por qué vuelven tan ricos los que fueron á América?

D CAR. Chiquilla: no sé qué te conteste... Trabajarán allá más que aquí.

SOC. ¿Y era joven el marido de doña Inés? ¿Tenía buen tipo?

MISIA FID. ¡Simple! Los que vuelven tan poderosos nunca tienen buen tipo ni son jóvenes.

SOC. Y si era viejo, ¿por qué casó?

MISIA FID. ¡Dale con preguntas! Prefiero un Catecismo, que trae las respuestas.

SOC. (A don Carmelo.) Y á usted, ¿para qué le llama doña Inés? ¿Para aprender á cantar?

D CAR. ¿Para qué había de ser? Yo para otra cosa no sirvo.

SOC. Doña Inés cantará muy bien. ¡Es tan guapa!

MISIA FID. ¡Qué discurso! Puede ser una hermosura y cantar como un grillo.

D. CAR. Estamos empezando. Tiene bonita voz.

SOC. Pagará buenos cuartos.

D. CAR. No lo sé. Me dará lo que guste. Dios me hizo pobre, pero interesado no. De balde pondría yo lección á doña Inés, porque es muy franca y me trata con llaneza. «No se moleste, don Carmelo... Salga usted por la puerta del jardín, don Carmelo, que llega usted más pronto, don Carmelito...»

SOC. ¿Fué ella quien le dijo que pasase por la puerta del jardín?

D. CAR. (Distraído.) ¿Por qué puerta?.. Ah, sí. Ella fué.

MISIA FID. No haga caso de ésta, don Carmelo... ¡Para cuentos estoy! ¡Ese Bernardo acaba conmigo!

D. CAR. Ya decía yo que por algo había venido... Era á darle á Bernardo el primer abrazo cuando se presente licenciado... ¿en qué?

MISIA FID. En Derecho debiera ser... Pero no será en nada. ¡Qué calamidad de muchacho!

SOC. ¿Calamidad Bernardo?

D. CAR. ¿Un talentazo así?

MISIA FID. Déjeme de talentazos. Más vale un entendimiento como el de todo el mundo. ¿Era talentazo el señor Deán, que de Dios goce? Pues él vivió á gusto... y él murió en gracia.

SOC. Señora: ¿qué le pide á Bernardo? Si otro así... Siempre estudiando, vicio ninguno... ¿Aun se queja?

MISIA FID. ¿Quién te mete á tí, bachillera, en la conversación de tus mayores? Demasiada manualidad te doy, y abusas. A casa con ese cesto, á hacer tu obligación, que el señor Magistral quiere las sobrepellices para mañana... ¡Listo!

(Socorro recoge la ropa en el cesto y entra en la casa por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

MISIA FIDELA y DON CARMELO

MISIA FID. No se hace carrera de ella. En todo se mete.

D. CAR. ¡Si parece un angelito! Como lleva tantos años á su lado de usted, se cree de la familia.

MISIA FID. Como usted no pelea con ella... Una vez la saqué del Hospicio para que me sirviese, y ciento me ha pesado.

D. CAR. Pues la quiere á usted mucho.

MISIA FID. Don Carmelo: me fríe usted la sangre con sus inocentadas. No es á mí á quien quiere...

D. CAR. Pues ¿á quién?

MISIA FID. Más vale callar.. Lo que yo digo es que los bienaventurados deben estar en los altares,

y los locos, en ese Asilo que el señor Arzobispo fundó para ellos; y que Bernardo allí acabará, después de que me eche á la sepultura.

D. CAR. ¡Vaya por Dios! ¿Qué hace Bernardo de malo?

MISIA FID. No sé si hace malo ó peor, pero todo lo hace al revés que todos. Si él no termina ahora la carrera, perdemos el legado del señor Deán, á quien tantos años serví, que me animó á recoger á Bernardo cuando falleció mi hermana, y que estaba asombrado de la disposición de la criatura... El señor Deán sólo me dejó en propiedad esta casa con los muebles, y la renta en usufructo. Cuando Bernardo se licencie será propiedad también; pero si antes de la mayor edad no se ha licenciado, á los sobrinos del señor Deán pasa lo que tenemos para subsistir.

D. CAR. No quiero criticar al señor Deán, pero en eso desacertó. El que hace un beneficio, que lo haga completo.

MISIA FID. Puso esa cláusula el señor Deán, que no se mamaba el dedo, para obligar al chico á no descuidarse. ¿Cómo iba á suponer que Bernardo?...

D. CAR. Yo no comprendo... Un juego deben de ser para él las asignaturas.

MISIA FID. Si eso es lo que me revuelve el juicio. Yo, ¡pobre de mí! no entiendo de estudios, pero oigo á la gente. Cuando voy á misa á la Catedral, me encuentro amigas, que sirven en casa de los señores catedráticos... Y dicen que se habla mucho de mi sobrino, y que está en pugna con los señores, y que se desdeña de aprender con ellos, y que les enmienda la plana, y que le tienen de ojo ya. ¿Qué le parece á usted? ¿Enmendarle la plana á las personas de respeto?

D. CAR. ¡Eso no estaría bien! Puede que sean chismes.

MISIA FID. ¡Qué chismes! ¿No vemos que le han suspendido, que le hacen guerra á muerte?
D. CAR. Me cuesta trabajo creer...
MISIA FID. A mí, no, porque el que manda, manda; y si un muñeco se pone frente á los que pueden, le darán su merecido. ¿Quién le mete á él...?

ESCENA III

DICHOS; después BERNARDO y ESTUDIANTES; después SOCORRO

(Ruido fuera, de tropel de gente que habla á gritos. El ruído se acerca.)
D. CAR. Ahí viene el muchacho con sus amigos; le acompañarán para celebrar su triunfo.
MISIA FID. (Acercándose á la puerta.) ¡Parece que vienen furiosos!... ¡La Virgen nos ampare!
(Abre la puerta y entra Bernardo rodeado del grupo numeroso de Estudiantes, que hablan á un tiempo y vocifieran con indignación.)
SAR. Es punto de honra no sufrirlo.
CARB. La cosa no se queda así.
OCR. Se trata de un bofetón á todos los escolares.
PORT. Ya les demostraremos que eso no se hace impunemente.
PAR. Esta noche no les dejamos un vidrio en las ventanas.
MOS. Y mañana, pita monstruo al salir de la Universidad.
SAR. Todo el número del sábado del *Fustazo* dedicado á ponerles verde el pellejo á sus señorías.
OCR. Sé yo varias historietas edificantes, que saldrán á relucir.
PORT. Más les valiera no haber nacido.
PAR. Les sacaremos á la vergüenza pública.
SAR. (A Bernardo.) Cuenta con tus amigos, con tus compañeros, hasta la muerte.

OCR. ¡Mueran los ruines! ¡Mueran los enemigos de Bernardo! ¡Viva Bernardo Sálvora, gloria de la Universidad!

TODOS ¡Mueran! ¡Viva!

SAR. ¡Viva la fraternidad escolar! ¡Viva Bernardo, nuestro guía, nuestro jefe!

BER. ¡Ea! Se acabó. La verdad, como un licor fuerte, se me sube á la cabeza, y he de proclamarla... Entendámonos de una vez... No callo más... Ni soy vuestro guía, ni vuestro jefe, ni vuestro compañero, ni casi soy vuestro amigo... ¿Guía? ¿Hacia dónde os he guiado? ¿Cuándo me habéis seguido? ¿En qué nos parecemos? Guía quisiera ser, pero de muchos, de muchos, y para conducirles á alguna parte... Yo guiaría á un pueblo; yo no llevaría rebaños á pacer... ¿Compañero? ¡A ser compañero vuesto estudiaría lo que vosotros, á la manera vuestra: lo impuesto, lo insípido, el texto, la letra!... ¡Yo estudio lo que libremente pide mi cerebro; yo doy á beber á mi espíritu el agua de que tiene sed! Si fuese vuestro compañero, ¡diez carreras habría terminado, como las termináis vosotros, para ejercerlas como las ejercéis! ¿Amigo? ¿Qué lazo de afecto nos une? ¿Qué os he sacrificado? Pródigos de palabras: ¿dónde están las obras? Y no gritéis que mueran mis enemigos: los enemigos no deben morir; tienen sobre los amigos la ventaja de ser auténticos. La enemistad ni se remeda ni se parodia. ¡Viva la enemistad! ¡Vivan mis enemigos eternamente!

SAR. Chico: tú estás exaltado; no te dominas.

PAR. Buenos nos pone.

MOS. De rebaño nos trata.

PORT. Porraro le teníamos, pero no hasta tal punto.

OCR. ¡Cuidado que es cosa de matarte ó dejarte! Venimos indignados de una injusticia que cometen contigo, queremos protestar, y nos insultas. ¿A nosotros, después de todo, qué

nos importa que te hayan jugado esa partida?

BER. Ya lo veis: no os importa. Entonces, ¿á qué gritos, á qué amenazas, á qué vítores? Si os importase, á pesar mío, lo hariais. Y sólo lo que nos importa debe hacerse.

MISIA Señores míos, sobrino: ¿podré saber lo que ha pasado, aunque ya, por desdicha, me lo figuro?

BER. Ha pasado lo que debía pasar. Los profesores contra mí. Yo contra ellos. Como ellos eran los más, suya la victoria aparente; como yo soy más, mía la victoria verdadera.

MISIA ¡De modo que sin carrera, sin grado! ¡Infeliz de mí! ¡En mis últimos días habré de salir á la calle á pedir limosna! ¡Bernardo: eres desagradecido, tienes mala entraña!

(Rompe á llorar y se marcha sollozando, metiéndose en la casa por la puerta de la izquierda.)

SOC. (Saliendo del rincón.) ¡Ellos, ellos son los malos, los que te hicieron la picardía; ellos, que debian dejarte su sitio, que no son para descalzarte!

SAR. ¡Olé lo bonito! Tiene razón esta simpática. Les consta tu superioridad, y se han conducido como villanos. No hacemos caso de tus rarezas. Te probaremos que nos importas defendiéndote á pesar tuyo. ¡Viva Bernardo! (Dos ó tres responden fríamente al viva.)

MOS. (Aparte á Carballo.) Conmigo que no cuente.

CARB. Ni conmigo. Que le defienda su abuelita.

PORT. (A los dos.) Es un soberbio.

PAR. (A los tres.) Un fatuo. Quiere remontarse sobre todos No parece sino que somos sus esclavos. ¡Ya verá!

MOS Nos pasaríamos de tontos si fuésemos más papistas que el Papa.

PORT. Más tarde, yo convenceré á Sarmiento.

PAR. Sí; ahora digamos amén, y cuando él no esté presente... (Alto.) Vámonos, chicos; aquí nada hacemos ya.

OCR. (Alto.) Adiós, Bernardo; cree que por mi parte...

PAR. Y dispensa si te hemos importunado.

SAR. Yo te repito que conmigo cuentes, aunque no quieras ser ni amigo ni compañero mío. No me puedes impedir que lo sea con la voluntad.

BER. (Algo conmovido.) A uno solo sería más fácil llamarle amigo y compañero... Pero piénsalo bien. A ser compañeros de algo, lo seríamos de cadena escolar... y mira mi cuello, no tiene esguince de yugo; mira mis manos, no tienen huella de esposas. Sarmiento... no soy compañero sino de Bernardo Sálvora.

OCR. (A Portillo.) No se puede con él.

PORT. ¡Genialidades!

OCR. Las genialidades se perdonan—si acaso—á los genios. El no lo es. Si lo es, que lo demuestre. (A Bernardo.) Quédate en paz, Bernardo. Quizás un día nos llames, nos supliques... porque no hay hombre sin hombre.

SAR. Y ese día nos encontrarás iguales; á mí, invariable... Y á vosotros también... ¿Verdad, amigos?

OCR. Que hable por sí... De los desengañados...

PAR. ¿Quién lo duda? (Se van murmurando frases de despedida sosa.)

LOS DEMÁS ESTUDIANTES.—Abur... Lo dicho... Buenas tardes... Sentimos... Tranquilízate...

ESCENA IV

BERNARDO, DON CARMELO y SOCORRO

(Bernardo se sienta preocupado. Socorro va á cerrar la puerta y vuelve junto á Bernardo, cariñosa.)

SOC. Tú no tendrás razón, pero ellos son malos. Después de tanto ¡viva! ¡viva!, salen murmurando de tí.

D. CAR. ¡Bernardo! ¡Sttt! ¡Bernardo! Estoy aturdido. No me atrevía ni á chistar. Yo que vine á darte un abrazo de felicitación! ¡Y ahora tiene que ser de pésame!

BER. No dé usted nunca un pésame. Nadie puede saber si un caso es desgraciado ó feliz. Y como mirándolo bien, las cosas son lo que las hacemos ser nosotros, si usted lo considera pésame... conformes, don Carmelo, gran artista.

D. CAR. (Entre halagado y confuso) ¡Yo artista! Yo soy un obscuro pobrete, y, además no te entiendo, hijo mío... De veras; hay muchísimas cúestiones en que no te entiendo.

BER. No me quiera usted entender. ¿Qué falta hace entenderlo todo? Cuando usted toca el órgano en la Catedral la noche de Natividad, en la misa del Gallo; cuando vierte usted el alma en aquellos motetes y villancicos que huelen á flores del campo y suenan á trinos de aves... yo siento mil cosas... ¿pero entender? Mis ojos se humedecen; la respiración se me acorta; un escalofrío recorre mis venas... y no entiendo, no entiendo palabra. Lo más hermoso, don Carmelo, es lo que no se entiende.

D. CAR. ¡Demonio de muchacho, y cómo se explica! ¿Quién sabe si lo que dice es el Evangelio? En fin... no me engatuses, ¿eh? Tú algo de disparatado has hecho. Doña Fidela lloraba como una perdida. Ya ves tú, cuando doña Fidela...

BER. ¿Qué hice? (Recapacitando.) No hice sino ser yo mismo; no aceptar lo que los otros establecen con arreglo á su modo de ver.

D. CAR. Cuando Misia Fidela lloraba...

BER Lloraba como los niños, por la merienda.

D. CAR. Eres un sofista. Lloraba por el almuerzo y la cena también, que tú le cortas. Sin comer no se vive. No sé cómo aconsejarte...; y el caso es que estoy en el deber de darte un

buen consejo. ¿Verdad que estoy en ese deber?

BER Está usted únicamente en el deber de darme un abrazo .. y retirarse á su casita. Pronto será noche cerrada.

D. CAR. (Abrazándole) Juicio, Bernardo... Sienta esa cabeza... Y si me necesitan aquí para algo... aunque no valgo nada... (Vase.)

ESCENA V

BERNARDO y SOCORRO

BER. ¿Será cierto que se han ido? (Se vuelve, ve á Socorro y hace un movimiento de impaciencia.) ¿Estabas ahí?

SOC. Sí... Me pareció que tenías pena.

BER. ¿De dónde sacas que tengo pena?

SOC. No sé... Yo la tendría.

BER. ¡Tú! Yo no.

SOC. Te han dejado tan solo...

BER. Estoy conmigo.

SOC. ¿Y no te indignan esos que primero querían que fueses su jefe y luego renegaban de tí?

BER. ¿Renegaban?

SOC. Sí, y decían cosas feísimas.

BER. No quiero saberlas. La fuerza se sostiene ignorando lo que dicen de nosotros los demás y escuchando, en cambio, atentamente lo que nos decimos á nosotros mismos.

SOC. Todo cuanto tú hagas estará bien hecho, Bernardo; pero ¿en qué consiste que da disgustos? Misia Fidela se deshace á llorar. Si te arrimas á la puerta, la oyes.

BER Mi tía ve en mí un medio de pasar vejez descansada. A tí, Socorro, te hablo sin reparo, porque tú... no eres nadie.

SOC. No soy nadie.

BER. Hablarte á tí es como hablar solo.

SOC. Efectivamente. Bernardo, habla.

BER. No sé si me entenderás...

SOC. Tú has dicho que era mejor no entender.

BER. Cierto... Mira, yo siento el vigor y el arranque del águila; siento que tengo garras y unas alas muy grandes... y mi tía quiere convertirme en ave de corral y echarme en el puchero. ¿Lo apruebas tú? Si me echáis en el puchero, comeréis de mí; yo dejaré de ser y vosotras seréis. ¿Quieres comer de mí? Dilo.

SOC. (Con ímpetu.) No, más vale que nos muramos de hambre. No hagas caso de nosotras. Misia Fidela es vieja; no vivirá mucho. Yo trabajaré para ella, para ti. ¿Qué importan una vieja y una infeliz hospiciana? Como nosotras, nacen ciento al día.

BER. Socorrillo, estás diciendo verdaderas sentencias...

SOC. Yo no sé nada, pero como te creo, sé tanto como tú.

BER (Pasándole la mano por el pelo.) ¡La fe es del color de tus pupilas!... No puedo recomendarte que creas en ti misma; esa es la fe de los fuertes... Cree en mí...; es la fe de los menores, creer en los otros.

SOC. Manda, manda.

BER. Vete á atender á Misia Fidela. Anímala, que no llore. Hasta luego... (Socorro entra en la casa.)

ESCENA VI

BERNARDO; después, en el jardín contiguo, INÉS

(En la escena anterior ha anochecido por completo y sale la luna.)

BER. (Mirando hacia la tapia que divide los jardines.) Ahora, mi divino pensamiento, dulce y poderoso dominador de mi espíritu, me permiten que sea tuyo... Estuve sólo hasta aho-

ra; ahora, acompañado. (Se acerca á la tapia.) Esta tapia es la imagen de mi destino. Para llegar hasta lo que ansío, tengo que salvar algo muy alto; tengo que volar... ¡Si pudiese pisar ese jardín, tocar esos árboles que le dan sombra! Inés...; es imposible que Inés no me conozca; en la Catedral mi mirada encontró mil veces la suya... y la suya no siempre se desvió... (Se apoya en la puerta.) ¿Sueño? ¿La puerta cede? Siento un deslumbramiento... ¡Es preciso que por dentro la haya abierto alguien!

INÉS Hacía un calor fatigoso en casa... Aquí se respira... ¡Qué hermosa noche!

BER. Ella ha tenido que ser.. ¿Dudo? ¿Dudas, Bernardo? No te conozco. (Empuja rápidamente la puerta y pasa al otro jardín. En el mismo instante salen de la casa, asomando bajo el emparrado, Misia Fidela y Socorro. El gesto es de sorpresa alegrísima en Misia Fidela; en Socorro de una especie de espanto. Va á gritar y la contiene Misia Fidela, que susurra.)

MISIA Chist!

INÉS (Asustada, al ver á Bernardo.) ¡Bernardo Sálvora! ¿Qué es esto?

BER. (Se acerca, la toma las manos, la habla al oído.) Esto es lo más natural .. ¡Esto es amor!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una sala en casa de Inés. Harmonio ó piano; mobiliario muy elegante; objetos de arte, plantas, flores, asientos confortables, mesita para el té, algún retrato antiguo, bonito. Puerta grande al fondo; á la izquierda, puerta y ventana de cristalería; por la puerta del fondo debe verse un trozo de antesala, bien amueblada y decorada. A la derecha, puerta practicable, que se supone comunica con las habitaciones interiores. No exige este salón sujetarse á un estilo dado, pero deben verse en él riqueza, buen gusto y refinamiento.

ESCENA PRIMERA

JACOBO MONTEMOR, un CRIADO; después el CATEDRÁTICO DE DERECHO

JAC. (Entrando por la puerta del fondo, hablando al Criado que se encuentra en la antesala.) No; si la señora está arreglándose, no molestarla; no decirla siquiera que he llegado. ¿Entiendes? La espero tranquilamente aquí. Y la maletilla esa á mi habitación de costumbre... Y agua y toallas en ella.

CRIADO (Desde la antesala.) Muy bien, señorito Jacobo... Está aquí el señor de Ramosa, el catedrático, preguntando si puede pasar: Dice que ha visto al señorito apearse de la diligencia, y que desea saludarle en seguida

JAC. Que pase, que pase... Don Cecilio, entre usted.

CAT. Hola, Jacobito, ¡bienvenido! ¡Qué alegrón! ¡Dichosos los ojos! Pero, hombre, ¿qué te haces? ¿qué es de tu vida?

JAC. Ya sabe usted lo que sucede: se mete uno en la aldea; se embelesa con la familia; empieza uno á cuidar los cuatro ferrados de tierra que posee; se desacostumbra de venir al pueblo.. y el día en que se ve precisado, un sacrificio.

CAT. ¡Un viaje tan corto, tu hermana aquí y venderte tan caro! Te conviene dar tus vueltas, hasta por la política, que la tienes abandonada. Cuando vuelvan los nuestros...

JAC. ¡Ah!, entonces... Eso le saca á uno de sus casillas. Tendré que irme por ahí de Poncio, sabe Dios á qué ínsula, como ya una vez me sucedió. En la oposición, al menos, descansamos, y se hacen economías.

CAT. ¿Economías en la oposición? Al revés me las pintas, Jacobito.

JAC. (Contrariado.) No crea usted, en esos puestos se gasta; hay compromisos de decoro... Y yo tengo que mirar por mi casa; recordará usted el estado en que me la dejaron mis padres.

CAT Gracias á la brillante boda de Inesita eso se ha arreglado.. Ella ha rehecho la ilustre casa de Montemor. Pensiones, lugares, foros, renta de centeno y de trigo... Todo lo recobró ella.

JAC. Ella lo ha recobrado... para sí, naturalmente. No diré que no me ayudase á salvar lo poco que salvé..

CAT. ¿Y para quién, sino para tus pequeños, ha de ser, con el tiempo, lo de tu hermana?

JAC. ¡Bah! No me forjo ilusiones. Inés no se mantendrá viuda.

CAT. La verdad es que no me asombraría que acertases, si nos atenemos á lo que se miente.

JAC. (Con ansiedad.) ¿Qué, qué se miente por ahí? Vamos á ver, don Cecilio, usted que es una persona formal... en toda reserva.. ¡Usted comprenderá que no puede serme indiferente el porvenir de mi hermana! No le oculto que á eso vengo... Hasta la pacífica aldea de Montemor han llegado los rumores... Por Inés misma de nada estoy informado.. Esto aumenta mis recelos.

CAT. No me extraña que llegasen allá las voces; aquí no se habla de otra cosa.

JAC. Y... el... el sujeto... ¿qué especie de persona es?

CAT. ¡Ah! Ese es el caballo de batalla: el sujeto.

JAC. ¿Un estudiante? ¿El protegido del difunto Deán, que le dejó para la carrera? ¿Uno que vive pared por medio de nuestro jardín?

CAT. Veo que no te faltan informes... Discípulo mío es también, y á poco, por causa de él, se me amotina la clase.

JAC. ¿Se concibe en Inés tal desvarío?

CAT. Se concibe perfectamente. Inés ya posee fortuna y nombre; nada de eso tiene que buscar. La halagarán... otras cosas. Sálvora —el estudiante se llama así—se ha hecho notar por sus rarezas; ser raro es ya ser alguien. Por ahí creen que el profesorado es enemigo suyo; que el claustro se le ha puesto de uñas, con objeto de que no termine la carrera. Novelas, Jacobito. Bernardo Sálvora nos divierte; no le tomamos por lo serio. Yo le creo inofensivo, y estoy seguro de que á los treinta será un muchacho tratable. Algunas de sus extravagancias hasta me son simpáticas. A su edad, he pensado como él, he padecido igual sarampión. Me levantaba todas las mañanas con hipo de arreglar el mundo, esta condenada bola que rueda sin pedirnos permiso y sin hacernos caso... Los catedráticos de hogaño somos los mismos que quisimos apedrear á los catedráticos de

antaño... ¡Quién se volviese á aquellos tiempos! ¡Yo sueño á veces que tiro piedras... y me da un gusto!

JAC. Pero el tal Sálvora... será sencillamente un vividor.

CAT. Nada de eso. No le conoces. Un infeliz. Por no saber vivir se ha fastidiado. El Deán, al legarle una rentita, le puso por condición que á la mayor edad tuviese terminada la carrera... y fué lo suficiente para que no se le antojase terminarla. Hizo alarde de estudiarlo todo, menos las asignaturas. Irritó á algunos profesores, que al fin son hombres y tienen debilidades; desalentó á otros, á mí me contestó por los cerros... Así y todo, si yo sé que se le causaba tal perjuicio, me cuadro y se le aprueba ¡á pesar suyo! No lo supimos hasta después.

JAC. Lo que me está usted contando parece revelar en Sálvora ese maldito afán de originalidad que no repara en medios. Yo creo, sin embargo, que bajo capa de independencia lo que se propone es hacer de Inés escabel de su fortuna.

CAT. No me atrevo á resolver... Hasta no sé si existen tales ideas de matrimonio... Nadie ve claro ese asunto... ¡Stt! Visita tenemos...

ESCENA II

DICHOS, el CRIADO, DOÑA TRASPASO, DALINDA; después INÉS

CRIADO Aquí hay unas señoras...

D.ª TRAS. Felices los tengan ustedes... ¡Don Jacobo por aquí! ¡Bien hecho! ¡Muy bien hecho! ¿Y la señora? ¿Y el chiquitín?

JAC. Los chiquitines dirá usted; ya son dos... Todos perfectamente. Por usted sí que no pasa día, doña Traspaso. Dalinda, ¿no se ha casado usted?

DAL. (Escandalizada.) ¡Casarme!

CAT. Como Jacobito no sabe que piensa usted tomar el velo en las Consoladoras...

DAL. (Colérica.) Tampoco. Para vivir honradamente no es preciso ser casada ni monja. Y yo vivo como es debido. No todos pueden alabarse de otro tanto.

JAC. (Aparte.) Con maligno retintín parece que lo ha dicho...

CAT. Jacobito, estas señoras vendrán á hablar con Inés... Me despido. Después de la hora del almuerzo vendré á buscarte. A sus pies, señoras. (Vase.)

D.ª TRAS. Nos hemos acercado con objeto de ver á Inés. La hora tal vez no es muy oportuna; Inés no madruga; lleva otro método de vida que nosotras... Pero nos dispensará, porque se trata de cosa que urge.

DAL. Por supuesto...

D.ª TRAS. Como la procesión y la fiesta son mañana...

JAC. ¿Qué fiesta? ¡Ah! ¡Ya, ya lo creo! La fiesta de nuestra Virgen de la Azucena. ¡No digo nada! Una solemnidad en casa de Montemor. Aquí viene Inés; justamente... ¡Inés! (Inés luce un «deshabillé» elegante.)

INÉS ¡Jacobo! ¿Pero cuándo has llegado? ¿En qué piensan que no me avisan? (A doña Traspaso y á Dalinda.) Ustedes perdonen... No sabía la venida de mi hermano.

JAC. Dispuse que nada te dijesen... Estabas vistiéndote.

D.ª TRAS. (A Dalinda.) ¡A eso llama vestirse! ¡Los brazos al aire, el cuello descubierto...!

DAL. ¡Y qué olor tan fuerte! Una esencia que trastorna.

D.ª TRAS. ¡Tan compuesta á estas horas! Yo, por la mañana, para pelear con la criada, gasto una chambrita.

INÉS Señoras: pido excusas... El encontrar de sorpresa á mi hermano... Estoy á sus órdenes.

D.ª TRAS. Se la felicita por la llegada de don Jacobo. Bien están los hermanos dando sombra á las hermanas, que á la que ampara un padre ó un hermano, nadie se le atreve.

INÉS Y á ustedes, que no tienen hermano ni padre, ¿se les atreven, sin duda?

D.ª TRAS. ¡Qué cosas dice! ¡Cuando una es formal!...

INÉS Según eso, ¿las demás no lo somos? Yo soy dueña de mí; no necesito que me amparen... En fin: ¿quieren explicarme el objeto de esta impensada visita?

D.ª TRAS. A eso vamos... No le parezca mal, no se disguste... La señora Presidente de nuestra Santa Cofradía de la Azucena nos encarga digamos á usted que han pintado la efigie de la Virgen ..

INÉS Falta le hacía á mi bendita Patrona... Yo pago el importe de la pintura con mucho gusto.

D.ª TRAS. (Sin atender.) Y como está fresca la pintura aún, no puede venir aquí la imagen.

INÉS (Sobresaltada.) ¿Qué? ¿No va á venir, como siempre, la Virgen á que la vista su camarera? Tengo listo el manto bordado de plata que le regalo y estrenará en la procesión.

D.ª TRAS. Lo que es este año... no vendrá la Señora.

DAL. Por supuesto.

INÉS Si se estropea la pintura costearé otra. A la Virgen de la Azucena la visten, desde tiempo inmemorial, las mujeres de la familia de Montemor. Yo he heredado ese cargo; y cuando perdí á mi madre, (Conmoviéndose.) en mi situación difícil, solicité la protección de la Virgen de la Azucena, y me la concedió...

D.ª TRAS. Qué quiere usted... Tras un tiempo viene otro, hija mía.

DAL. Por supuesto...

INÉS Eso no puede ser... No lo consentiré de ningún modo... Dígales á la señora Presidente, á las señoras de la Junta, que no renuncio á mi derecho, y que la camarera mayor,

según costumbre, esperará hoy á la Virgen, con la casa colgada é iluminada, el oratorio encendido y el refresco prevenido para los porteadores de las andas.

D.ª TRAS. Será inútil... La señora Presidente pasará á usted un oficio notificándola el acuerdo de la Junta, asesorada por los señores Consiliarios.

INÉS (Levantándose.) ¡Ah!

JAC. (Levantándose igualmente.) Pues, doña Traspaso, permítame que le diga que la Presidente por ahí debió empezar... Un acuerdo tan serio no se comunica por recaditos oficiosos de personas que ni de la Junta forman parte. De venir alguien, pudo molestarse la Presidente, como se molesta cuando hay que solicitar algún auxilio para sacar á la Cofradía de apuros.

D.ª TRAS. Nosotras, con buena intención...

DAL. Por supuesto...

JAC. Si, ya conocemos esas buenas intenciones; ¡intenciones buenas... de obras malas! ¡Enterados quedamos, señoras! (Las guia hacia la puerta.)

D.ª TRAS. (A Dalinda.) ¡Ay, Jesús! ¡Nos echan! Quedan hechos unos dragones.

DAL. (Satisfecha.) ¡Por supuesto!

ESCENA III

INÉS y JACOBO

(Inés se sienta, dando indicios de viva contrariedad; Jacobo permanece en pie, ceñudo. Momentos de silencio.)

JAC. Los hechos demuestran, Inés, que, como decía ese par de brujas, aunque viuda y libre, puede convenirte la sombra de tu hermano. Este recado que te trajeron, es una grave ofensa.

INÉS ¡En mi propia casa! ¡Un privilegio de nues-

tra familia! ¡Yo, que en los tiempos de nuestras estrecheces me privaba de todo por engalanar á la Santa Imagen!

JAC. No comprendo tu extrañeza, hermana. Hora y media hace que estoy aquí, y antes de presenciar esta escena, adivinaba que, en cualquier forma, llegaría hasta tí la pública reprobación... Perdona si me expreso con rudeza... me duele molestarte; pero, si lo meditas, descartando la malignidad de esas pécoras, no debe sorprenderte que nuestra Patrona, á quien vistieron las manos de nuestra madre, no venga hoy para que la vistas tú con las tuyas.

INÉS Hermano: ¿qué estás diciendo?

JAC. Apelo á tí misma. ¿Es falso lo que corre por ahí?

INÉS ¿Y qué corre?

JAC. Tus relaciones misteriosas con un hombre que te pone en evidencia.

INÉS Soy viuda y él soltero.

JAC. ¿Por qué entonces el misterio, Inés? Dueña eres de tu albedrío, y, sin embargo, no sale á luz esa intimidad. ¿Quieres que te diga por qué? Porque se trata de un hombre socialmente inferior á tí, sin oficio ni beneficio, sobrino de una criada; porque tú percibes el mal gusto, la inconveniencia de tales relaciones, y el misterio da á tu inclinación color de ilícita, y así, á mansalva, las víboras te muerden.

INÉS ¿Conoces tú á Bernardo Sálvora?

JAC. De vista le conocí en otro tiempo... Como no vivo aquí...

INÉS ¿Sabes lo que vale?

JAC. ¡No, no lo sé! Y tampoco lo sabes tú, ni lo sabrá nadie, por ahora. Ese chico es una incógnita. Cada Universidad, cada pueblo tiene de estos grandes hombres en agraz, y fantasea con ellos lo que jamás resulta.

INÉS ¡Bernardo hará cosas notables, créelo!

JAC. Cuando vea siquiera una, convencido.
INÉS ¿No es algo ya haber subido hasta mí?
JAC. No es que haya subido; es que tú... te bajaste... sin notarlo... No te ofusques. Si tuviéses tanta fe en él, casados estaríais.
INÉS Puede que no lo creas. Ni palabra de bodas me ha dicho.
JAC. ¿Y tú?
INÉS Yo... tampoco.. tampoco pensé en bodas...
JAC. ¿Lo ves? No estás decidida. Lo absurdo de la cosa te salta a los ojos. ¡No te atreves!
INÉS Bernardo se labrará su posición, será lo que quiera ser.
JAC. ¿Y si nada es? ¿Si en nada se queda, como tantos?
INÉS No admito la posibilidad.

ESCENA IV

DICHOS y el CRIADO; después BERNARDO

CRIADO El señorito de Sálvora. (Casi al oído de Inés.)
INÉS (Con impaciencia.) ¿Por qué no lo dice usted alto? ¡Adelante, Bernardo, adelante! (Con energía.) Aquí tiene usted á Jacobo, á mi hermano. Creo que no le conoce á usted.
BER. Ni me conocerá aunque usted me presente. Mi aspecto, á lo sumo, podrá conocer; lo exterior, lo visible.
INÉS (Aparte.) ¡Qué desaliñado viene! No puede hacerle á Jacobo favorable impresión.
JAC. (Aparte.) ¡Vaya unas trazas! ¡Y qué impertinente suficiencia! (Alto.) Señor de Sálvora: me alegro conocer de usted lo que usted tolere que yo conozca... Mi hermana afirma que tiene usted un brillante porvenir.
BER. ¡Pch! El porvenir lo hacemos en colaboración con el acaso. El trabaja con los ojos cerrados, y acierta más que nosotros con los ojos abiertos.

JAC ¿No tiene usted planes, propósitos?

BER. Si entiende usted por planes algo concreto, definido, por consecuencia limitado, ¡no! Piense usted en lo que quiera; pregúnteme si es eso lo que quiero... y le responderé invariablemente: ¡No es eso! ¡Es más! ¡Es infinitamente más!

JAC. Mi corto entendimiento no alcanza adonde se remontan sus ambiciones.

BER Es natural. Lo suponía.

JAC. Verá usted... Hay que explicarse... El hecho puede reconocer dos causas: incapacidad mía... ó vanidad fantástica de usted.

BER Llamamos vanidad ajena á lo que rebasa de nuestra concepción del vivir.

INÉS (Aparte á Bernardo.) ¡Por Dios... un poco de cortesía, al menos!

JAC. Señor don Bernardo... ventilaremos ese punto. Acabo de llegar y necesito arreglarme un poco antes de la hora del almuerzo. (No me contendría. ¡Que se hablen bajo delante de mí!) Hasta pronto, Inés. Ya nos veremos más despacio, Sálvora.

ESCENA V

INÉS y BERNARDO

BER. (Acercándose vivamente.) Lucero, sol, mírame con esos ojos. ¡Qué simpático es tu hermano, que se enoja y se va! ¡Así no vuelva! Fabriquemos un planeta donde quepamos únicamente los dos.

INÉS Déjate un momento de locuras...

BER. ¿Qué me propones? Lo que llamas locura es razón, y lo que llamas cordura, tontería. ¿De qué monumental bobada quieres que tratemos formalmente?

INÉS ¿De qué ha de ser? De tí... De mí...

BER. Tú y yo juntos: buen comienzo de cordura, Inés. ¡Juntos... y cuerdos! Antes separados.

INÉS No, atiende, que va de veras.

BER. ¿De veras? Se apaga el fuego de tus ojos, se encoge el capullo de tu boca... Cuerda estás... Acaso tu locura no era sino disfraz carnavalesco de tu cordura; calaverada breve y romántica de un espíritu sensato, burgués.

INÉS Bernardo: mi hermano dice...

BER. Cuando tu hermano se retiró creí que me dejaba contigo. Por lo visto permanece aquí; estoy lidiando con él aún.

INÉS Pon, si gustas, que mi hermano no ha desplegado los labios; que soy yo quien te interpelo. Bernardo, ¿qué piensas hacer? No vamos á pasar la vida así.

BER. Tal vez no... Tal vez la dicha es de suyo corta. Su tela de oro es rompediza...

INÉS ¿No reconoces que debes crearte alguna posición, aunque no sea la que corresponde á tus aspiraciones, que, para decir verdad, no sabemos en qué consisten? ¿Por qué no obtienes algo en espera del más?

BER. Y si respondo no.. ¿qué replicarás tú?

INÉS Que... que esto no lleva camino; que es preciso avenirse á la realidad; que me veré precisada á adoptar alguna determinación... sería; que me convenceré de que... ¡de que hablamos soñado!

BER. ¡Soñar es bastante, Inés! Lo que tú, también tú, llamas realidad, es quizás sombra de sueño. Y así como la realidad lo encoge, lo amengua todo... el sueño todo lo da colmado.

INÉS Reflexiona, Bernardo; entiéndeme... Con ese talentazo, ¿por qué no te haces cargo de las cosas? Yo lamento tener que decirte...

BER. (Tapándole la boca con la palma de la mano.) ¡Silencio! Inés, sé de memoria la relación, y voy á soltártela, evitándote la molestia de hacerlo tú, para que veas que no es que no

me haga cargo, sino que desdeño. Oye... ¡Allá va la retahila!... La gente que gruñe y se prepara á morder, si ya no lo hizo; tu hermano, que invoca la vanidad del linaje; tu orgullo de patricia, que se subleva; tu sentido práctico de mujer, que te avisa que es preciso utilizar las facultades y que yo las derrocho; la fuerza del criterio común, al cual el nuestro tiene por fin que doblegarse... ¿No era eso lo que iba á salir de la flor bermeja de tus labios? ¿No era eso? Pues ya no necesitas profanar el panal de miel... Bocas como la tuya sólo deben murmurar desfalleciendo un ¡te amo!

INÉS Ya que te encargaste de proclamar las verdades, venga la respuesta.

BER. Hasta responder sería mísero.

INÉS ¿Y si yo te lo suplicase?

BER. ¡Suplicándote está mi alma que la entiendas... que con ella vueles... y tú, firme, arraigada en la tierra dura y toscal Escucha: yo desprecio eso que llamas posición. Hacia otra cosa me dirijo...

INÉS Pero esa otra cosa, ¿qué forma, qué nombre tiene?

BER. ¡Mil nombres, mil formas vagas!... Acaso, un instante, revistió la tuya... Creí que fueses lo infinito. ¡Ya veo que no! Mi maga del jardín pide que me cree una posición social. Quiere que yo empiece á disponerme para llegar á ser, como su hermano, Gobernador civil.

INÉS ¡Bernardo! Me hiere tu ironía. No sé si eres inconsciente, maligno ó insensato.

BER. Basta, Inés bella. La fórmula del amor es como la del genio. ¡Más, siempre más! Y sobre tu corazón leo yo ahora claramente, al través de la tela de tu vestido, el signo menos. (Lo dibuja en el aire con la mano.)

INÉS Contra todos, contra todo, no triunfarás, Bernardo.

BER. ¡Si no pretendo ir contra todos! Quiero ir por fuera, por cima de todos. No lucho; vuelo.

INÉS Deliras.

BER. ¡Calculas!

INÉS ¡Nada quieres hacer por mí: nada te merece Inés!

BER. ¡Pidiérasme, Inés, que dilatase mi ser, que por tí acometiese gigantes empresas... y lo intentaría y escalaría el cielo para traerte un astro que te clavases entre los rizos!... Pero lo que exiges es que me aminore, que entierre mi ideal en el barro que los pies pisan. Me pides lo posible... ¡Atrévete á pedirme lo imposible, y verás!

INÉS Te arrepentirás, Bernardo. La vida enseña.

BER. La vida mata.

INÉS Y también sana. ¡Esa es mi esperanza única! No sé si algún día podré curar. Lo intentaré... ¡Es preciso que lo intente! (Hace ademán de retirarse por la puerta de la derecha; pero Bernardo se adelanta, la saluda inclinándose, y sale por la puerta del fondo.)

ESCENA VI

INÉS; después JACOBO y DON CARMELO

INÉS (Paseando agitada.) No puede ser... No hay medio de entenderse... Más vale así... Era irrealizable... No sé qué tengo. Necesito aire... (Va hacia la ventana, la abre y se asoma.)

JAC. ¡Inés! ¡Inés! ¿Qué es eso? ¿Salvora se ha ido?

INÉS Sí .. (Afectando indiferencia.) Me encargó que lo despidiese.

JAC. Aquí tienes á tu profesor de canto...

D. CAR. (Tímidamente.) No me atrevía á entrar sin permiso...

INÉS Siempre le veo á usted con gusto, don Carmelo... (Excitada.) No es que tenga muchas

ganas de estudiar, ¿eh? Nada de eso... Pero un poco de música me vendrá de molde... Siéntese usted y toque... Algo de Beethoven, ¿sí?... Algo de la novena sinfonía... O algo de lo que usted ha compuesto, y que es tan bonito...

(Don Carmelo obedece, y ejecuta una sonata sentimental, corta y escogida. Antes de que termine la sonata, Inés se levanta, y casi gritando exclama:)

INÉS ¡No siga usted! ¡No siga, por Dios!

JAC. (Corriendo á ella.) ¿Qué tienes? ¿Te has puesto mala?

INÉS (Rompiendo á llorar nerviosamente.) ¡Sácame de aquí, hermano! ¡De esta casa, de este jardín, de este pueblo!

JAC. (Bajo.) A Montemor... Esta misma tarde.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Horas, las primeras de la tarde

ESCENA PRIMERA

SOCORRO, que sale de la casa con un jarro de barro para llenarlo en la fuente; SARMIENTO, que entra por la puerta del fondo, la cual estará abierta.

SAR. Hola, simpática... Te encuentro más bonita... ¿Está Bernardo?

SOC. Sí, señor!.. En su cuarto, leyendo.

SAR. Llámale. . dile que soy yo, Sarmiento, que pregunto por él. Que si baja, ó si prefiere que yo suba.

SOC No sé si tendrá muchas ganas de ver gente.

SAR. ¿Por qué? ¿Se halla enfermo?

SOC. Enfermo, no... Así como tristón. Apenas habla.

SAR. No le hace, avísale... Desde aquí mismo. ¿No es esa la ventana de su cuarto? Le das una voz.

SOC. Désela usted... yo no me atrevo.

SAR. (Bajo el emparrado.) ¡Pobre criatura! (Gritando.) ¡Bernardo! ¡Eh! ¡Bernardo! Baja, ó si te molesta, subiré.

BER. (Desde dentro, sin abrir la ventana.) ¿Quién me llama? ¿Sarmiento? Espera. Allá voy.

ESCENA II

DICHOS y BERNARDO

(Socorro, después de llenar el jarro, se retira lentamente.)

SAR. Hola, chico... Parece que te ha tragado la tierra. Ya no sé cómo tienes la cara. Unos decían que te habían dado calenturas; otros, que te habías largado á la aldea... á la aldea de Montemor, por supuesto.

BER. Y todos acertaban en parte. Calentura diaria tiene mi pobre espíritu, y á la aldea esa ha ido también mi espíritu de viaje. La gente es muy material. ¿Qué importa que no se moviese de aquí mi cuerpo? He ido á Montemor... ¡Vaya si he ido á Montemor!

SAR ¡Siempre el mismo! Los amigos no cesan de preguntarme...

BER. Pero ¿poseo algún amigo?

SAR. Uno, por lo menos, has poseído siempre. Ya sabes lo que te dije el día que nos echaste de aquí con cajas destempladas. Conmigo cuentas. Y de los otros... ya ninguno te guarda rencor, como no sea el mal bicho de Ocrato. Ayer nos liamos á bofetadas él y yo en el café de las Lunas.

BER. ¿Por alguna discusión política?

SAR. Por tí; por tí, ingratón.

BER. ¿Por mí?

SAR. Verás... Los estudiantes nos hemos determinado á fundar un periódico en regla, para poner bastantes cosas en su punto... Queremos traducir nuestras aspiraciones. No se trata de buñuelos como *El Fustazo* y *La Píldora*, sino de un diario de empuje. Expresará lo que llevamos dentro.

BER. ¿Nada menos que eso va á expresar?

SAR. ¡Vamos, Bernardo, no seas así! No seas chi-

quillo!... Te aconseja uno que bien te quiere... Ayer se puso á discusión quién había de dirigir el periódico. Te advierto que hay fondos; Paredes ha heredado á su hermano mayor, el salazonero, y pondrá los cuartos, y al director se le retribuirá, como es justo. Mataremos aquí á la prensa de Madrid; montaremos gran servicio telegráfico... Bueno, pues yo lancé tu nombre, y se aprobó por aclamación. Sólo Ocrato, que tenía sus pretensiones, soltó unos dichos venenosos; le contesté como venía al caso.. y nos agarramos por final. Anda cacareando que me mandará padrinos... Yo creo que no los necesita, porque ya le confirmé.

BER. Según eso, ¿tú tienes de mí la misma opinión que antes tenías? ¿Crees que valgo algo, que no soy uno de los muchos que pasan por la tierra en silencio?

SAR. Sólo te falta bajar desde las nubes á esa tierra para hacer ruido.

BER. Pues alégrate, porque tengo tomado el billete para la caída, desde mi cielo libre y solitario, á esa tierra esclava é impura. Una crisis se está verificando en mí. Sí lo que venías buscando era Bernardo Salvora, el que conociste, el que aclamaste... retírate, porque ese va á morir. Le tomo el pulso y no lo siento; acerco un espejo á su boca, y no lo empaña... No va á morir: quizás ha muerto.

SAR. ¿Será verdad, Bernardo? Pues ¡mil enhorabuenas! Tenía que suceder. No era posible que continuases en aquella lucha con cuanto te rodeaba; lucha sin objeto, sin finalidad...

BER. ¡Silencio! ¡Porque yo apostate, no blasfemes tú! ¡La lucha nunca es inútil, nunca es estéril! La lucha, en sí, revela fuerza y energía; y yo luchaba... porque dentro de mí me complacía en ese hermoso juego, figurando combate. Sarmiento: has llegado en

una hora propicia á las confidencias. Ese Bernardo que muere... era el único digno de suscitar algún entusiasmo. El que queda... es un hombre adaptado á las circunstancias... ¡Un cualquiera! Despréciame... y compadéceme. Se sufre mucho muriendo en vida. ¡Oh, sí! Doble que muriendo en muerte.

SAR. ¿Quieres que te diga? (Señalando al jardín contiguo.) Lo que tú tienes es sencillamente un desengaño amoroso. ¿A que acerté?

BER. Llámale amor si quieres... Yo había visto en ella un símbolo de mi destino. Y es que como nada podemos amar ni comprender verdaderamente sino á nosotros mismos, cuanto más amamos, mejor nos encarnamos en lo amado, mejor le prestamos nuestro ser... ¡y luego nos quejamos de que aquel ser es distinto del nuestro! Dejémonos de esto, amigo. Háblame, háblame de ese periódico en proyecto. ¿Qué nombre le ponéis?

SAR. ¿Te parece bien *El Porvenir?*

BER. Sí, excelente... *El Porvenir* mío... Una obra en que todos colaboran y que, como todo lo que es de todos, no será nada... Ridiculez, vacío, mezquindad...

SAR ¿Otra vez?

BER. No, no tengas miedo. Estas son las ansias de agonía del Bernardo Sálvora que antes...

SAR. ¿De modo que contamos contigo?

BER. Dentro de una hora te daré definitiva respuesta Concédeme tiempo para recoger mi último suspiro.

SAR. Voy á adelantar á los compañeros la buena noticia...

ESCENA III

BERNARDO y DON CARMELO

(Don Carmelo entra por la puerta del fondo sin ver a Sarmiento, que sale aprisa y se da un encontrón con él.)

D. CAR. ¡Jesús! ¡Qué torbellino! Creí que me tumbaba patas arriba.

BER. Pase usted, don Carmelo... ¿Le ha hecho daño? ¿Quiere agua?

D. CAR. No, si no es nada... ¡Vaya un ciclón! ¿Cómo andan todos de salud?

BER. Regular... Mi tía, cayendo y levantándose.

D. CAR. Tu tía, tu tía... Naturalmente. Como la has dejado sin una peseta... A su edad, eso impresiona.

BER. Sí, ya veo que produce mal efecto...

D. CAR. Pero ¿á qué venía yo? Porque no venía solamente á enterarme de cómo seguís. Yo traía un objeto... y el demontre del aturdido ese, que parece que va á apagar algún fuego, me lo ha quitado de la cabeza.

BER. ¿Usted pierde la memoria cuando le empujan?

D. CAR. Yo... á decir verdad... no la pierdo, porque jamas la tuve... De hoy en adelante voy á apuntarlo en un cuaderno todo... Lo malo será que nunca sabré dónde puse el cuaderno... Sólo tengo retentiva para la música. ¡Los recados!...

BER ¡Ah! ¿Un recado traía usted?

D. CAR. De eso sí que estoy seguro... Lo que se me ha borrado es lo demás.

BER. ¿Y si yo lo adivino?

D. CAR. Hombre, habilidad sería... porque yo, que lo recibí, estoy devanándome los sesos...

BER. El recado es de Inés Montemor... ¿A que sí?

D. CAR. ¡Mira qué gracia! Que era de Inés, ya lo es-

taba yo recordando. Lo difícil es averiguar qué me dijo...

BER. Aguarde usted. Inés ha vuelto esta mañana de Montemor, y quiere verme.

D. CAR. Vaya, pues para lo que falta, sigue tú...

BER. No; la hora es preciso que sea usted quien me la fije.

D. CAR. ¿Hora? Lo más pronto posible...

BER. (Pausa.) Hágame usted el favor de volver allá y decir á doña Inés que no me aguarde.

D. CAR. ¿Qué disparate me encargas?

BER. El disparate que usted oye.

D. CAR. Bernardo... hijo mío... muy distraído soy... no vivo en el mundo casi... pero, sin embargo... yo he entreoído cosas... En la sacristía de la Catedral... En las casas donde doy lección de solfeo...

BER. ¿Qué ha entreoído usted?

D. CAR. Que tú .. habías conseguido... que... en fin... que pensabas en... en casarte con doña Inés de Montemor.

BER. Falso.

D. CAR. Lo mismo dije yo... Falso. Tú no podías tener ese atrevimiento.

BER. ¿Por qué no?

D. CAR. Porque ella es mucho más que tú.

BER. Eso sería razón para que yo aspirase á ella... si realmente ella, ó alguien de este mundo, fuese más que Bernardo de Sálvora.

D. CAR. ¡Ay, ay! Bernardo, me das pena. Más vale ser humilde.

BER. La humildad es virtud de siervos. No la conozco.

D. CAR. Peor para tí. La vida te pesará doble. Yo soy humilde, no por virtud... sino por egoismo. Si un día probases el contento de la humildad, no querrías otra cosa. ¿Me ves? Pobre soy. Vivo solito No he podido ser ni cura; mi falta de memoria no me dejó pasar de las órdenes menores ¡Tendría que oir la misa que yo dijese! Pues me hallo satisfe-

cho... Es el sabor de la humildad lo que me sazona el pan. Es la alegría de la pobreza lo que me canta aquí (Señalando al corazón.) villancicos.

BER. Yo no soy codicioso. No es ese mi afán.

D. CAR. Hay codicias de muchas clases. Las hay del espíritu. Tu espíritu es insaciable.

BER. Creo que sí. No he podido colmar su medida.

D. CAR. No te figures, algunas veces... Todos tenemos nuestras flaquezas... Yo he compuesto... nada, unas tonterías, un poco de música... Pues el día en que me alaban mis tocatas hasta duermo mejor. Ya sé que moriré obscurecido, que mis obras ahí quedarán, olvidadas, llenas de polvo... á menos que las rebusquen para apropiárselas... Siquiera, convertidas en zarzuelas, correrán mundo... Y me gusta pensar que las aplaudirán, que las destrozarán los organillos. En esto no soy humilde... (Pausa.) Pero, volviendo á lo principal... ¿Le digo á doña Inés que irás en seguida?

BER. Que no voy.

D. CAR. ¿Y cómo quieres que lleve un recado tan impolítico?

BER. Envuélvalo usted en papel de plata. Invente usted algo. Que he salido, que estudio...

D. CAR. Diré que te encuentras indispuesto... Eso, enfermo... Y voy á escape, aunque, de puro desatento y raro, este recado no se me olvidará. (Vase por el fondo.)

ESCENA IV

BERNARDO; después SOCORRO

BER. Que me llame; no iré. De muchas maneras se mata, y ella efectivamente ha matado a aquel Bernardo Salvora en quien yo creía. Ella me ha escrito en la frente el signo

menos, la cifra de la nada. Por ella dejé de ser. Ya me tienen consigo los que hacen las cosas fáciles y pequeñas; ya mi salvaje y libre poesía es adocenada rima vulgar.

SOC. (Que ha entrado silenciosamente, con una bandeja y servicio de café, y viendo á Bernardo absorto, no se atreve á acercarse.) Bernardo: te traigo tu café... Son las cuatro...

BER. (Sin oirla, mirando hacia la puerta del jardín de Inés.) Entré por esa puerta creyendo que la abría mi ventura... Y para que todo fuese mentira, grotesco todo, la había abierto una distracción de don Carmelo.

SOC. (Tímidamente,) ¿No tomas el café?... Mira que está muy rico. Tómalo, que si no vas á debilitarte.

BER. (Afectuosamente.) Más tarde... Y tú, Socorro, ¿por qué no tomas también café?

SOC. (Riendo.) ¡Yo, café!

BER. ¿No te cansas tú? Trabajas mucho. ¿No necesitas reparar tus fuerzas?

SOC. ¿Y quién sino yo ha de trabajar aquí? Misia Fidela, medio tullida; tú, con los estudios... El trabajo es mío. Ojalá hubiese más, hubiese doble.

BER. ¿Más trabajo querías?

SOC. Sí, para servirte más.

BER. Y tú, Socorro, ¿no deseas otra cosa sino servirme?

SOC. Así Dios me salve, no deseo otra cosa.

BER. ¿Y qué gusto sacas de servirme, criatura? Mi tía, que te trata mal, generalmente; yo, Socorrillo, que no te maltrato, pero tampoco te veo... ¿Verdad que es notable? Ocho años llevas en casa... y no he llegado á verte. Digo verte, en el sentido de fijarme en tí.

SOC. Así es. No me has visto. ¡Tenías tanto que ver en tí mismo, Bernardo! Yo, ¿qué soy? Nadie, como me dijiste un día, aquí precisamente.

BER. Entonces era yo más soberbio que ahora...

Ya se me va quitando el engreimiento. Acabaré por volverme tan encogido como don Carmelo, que parece que anda pidiendo perdón de haber nacido.

SOC. ¡Eso no, Bernardo; eso no! Tú no debes hacer como don Carmelo. Tú no eres como él. Tú eres más que él... ¡Más que todos!

BER. ¿Lo crees así, chiquilla? ¿Lo crees de corazón?

SOC. Lo creo.

BER. ¿Lo firmarías?

SOC. Con sangre de las venas.

BER. ¿Y por qué... vamos á ver... por qué crees tú que soy más que todos?

SOC Porque... ¡Ay, Jesús! ¡Si no sé explicar por qué! Me parece así. ¿Cómo quieres que lo explique? Soy una infeliz, una ignorante.

BER. ¡Sagrada, dulce ignorancia! No intentes saber No me conozcas. En todo hombre hay algo impenetrable. Escucha. Y si por mis caprichos... por mis manías... llámales como quieras... nos viésemos miserables... Si hubiese que salir de esta casa, que pasar hambre, si llorases... si sufrieses... ¿renegarías de mí?

SOC. Si por tu culpa me viese en la carretera, con los pies descalzos, pidiendo... de tí creería lo mismo: que tienes razón, que está bien hecho lo que haces. No lo comprendemos, porque no somos nadie... pero bien hecho está.

BER. Socorro... y si me caso con doña Inés de Montemor, ¿tú nos servirás de criada?

SOC. (Temblando.) Si lo mandas, sí.

BER. Estoy reparando que tienes una expresión muy bonita en la cara, Socorro... (La atrae á sí y la estrecha.) No te avergüences, no apartes la vista...

SOC. (Temblando, sofocada.) ¿Me llevo la taza, Bernardo?

BER. Llévatela... (Mirando hacia la puerta del jardín.)

SOC. (Aparte.) Los ojos se le van hacia esa puerta maldita... ¿Estará abierta por el otro lado?

BER. (Aparte.) Hay imán todavía en esas carcomidas tablas... (Levantándose bruscamente y tomando su sombrero, que estará sobre el banco.) Saldré, pasearé... ¡Si acierta á cantar en ese jardín un pájaro... si oigo el ruido de su traje de seda... no sé qué será de mí!

(Socrroo le mira marcharse por la puerta del fondo.)

ESCENA V

SOCORRO. Después MISIA FIDELA

SOC. ¿Adónde irá? (Se apoya en la puerta para ver la dirección que toma Bernardo. Misia Fidela asoma por la izquierda, bajo el emparrado andando muy trabajosamente. Ve á Socorro y la llama.)

MISIA FID. ¡Eh! ¡Socorro! ¡Encantada! ¡Muñeca! ¿Pero qué está mirando esa muchacha? ¿Habráse visto tonta igual?

SOC. (Acude á sostener á Misia Fidela, y la ayuda á sentarse en una poltrona con almohadones.) Siéntese aquí... Así... Ahora éste.. ¿Le traigo más abrigo?

MISIA FID. No... Estoy bien... Oye, Socorro; contéstame la santa verdad... ¿Es cierto que doña Inés ha vuelto de Montemor esta mañana?

SOC. Cierto.

MISIA FID. ¿Cómo lo sabes?

SOC. Me lo dijeron en el mercado las placeras. Hoy han comprado sus criadas para doña Inés muchas cosas. Y además, oí el ruido del coche cuando paró á la puerta del jardín.

MISIA FID. Y Bernardo, ¿dónde va ahora?

SOC. No sé. Hacia la plaza de la Catedral tomó.

MISIA FID. ¿Estás segura? ¿No tomaría hacia la derecha?

SOC. (Triunfante.) No; hacia la izquierda. Y bien aprisa.

MISIA FID. ¡Válganos el Señor! ¿Y de eso te alegras?
SOC. ¿Yo... yo?
MISIA FID. No te hagas la desentendida... Era un bien muy grande que se nos entraba por las puertas... Tú me entiendes de sobra... Tenemos la casa hipotecada y de la hipoteca comemos... Pero hay que pagar réditos... Nos pondrán en la calle... ¡Ojalá me muera primero!
SOC. No se apure. Todo lo remediará Dios.
MISIA FID. El me perdone... Se remediará con remedio de palo y cal; con la caja y el nicho... (Ruido en el jardín contiguo.) ¿Oyes? Parece que andan en la puerta...

ESCENA VI

DICHAS é INÉS

(Inés por el otro lado, dirigiéndose á la puerta, metiendo la llave en la cerradura, vacilando un momento y abriendo por fin rápidamente.)
SOC. Eh... ¿Quién?... ¿Doña Inés?...
MISIA FID. (Respetuosa, atónita y extasiada.) ¡Si es la señora! (Misia Fidela se levanta trabajosamente, juntando las manos como si viese algo maravilloso. Socorro permanece en pie, inmóvil.) Gran señora, dígnese entrar en este pobre patio... Socorro, ¿qué haces? Una silla á la señora.
(Inés, al ver á las dos mujeres, ha titubeado, pero se decide y avanza. Viste elegantemente de calle, está amocionada y habla de un modo nervioso y seco.)
INÉS Ustedes no extrañarán...
MISIA FID. Qué hemos de extrañar, señora; ¿que venga á su casa á honrar á sus servidoras? Agradecer es lo que hacemos.
INÉS Como tengo necesidad de hablar de un asunto con... con su sobrino de usted, y no admite espera, porque he de volverme al campo hoy mismo...

MISIA FID. Mi sobrino, nosotras, cuanto hay aquí, es de doña Inés de Montemor.

INÉS He avisado á... á su sobrino de usted de que pasase á verme, y don Carmelo, que trajo el aviso, acaba de decirme que Bernardo no puede ir á mi casa, por hallarse algo indispuesto. Suponiendo que no será nada grave, deseo que ustedes le adviertan que estoy aquí en persona, que no puedo perder un instante, y que, si es preciso, subiré á verle.

SOC. Bernardo ha salido.

INÉS Según eso, no estaba malo.

SOC. No, señora. Tomó su café y salió hacia los soportales de la plaza.

MISIA FID. Señora: es imposible que le diesen el recado. Don Carmelo está en el Limbo. Dígnese tomar asiento, y esta muchacha, que tiene las piernas listas, irá en busca de mi sobrino, para que se dé prisa á estimar la honra que le hacen.

SOC ¿Yo he de ir?...

MISIA FID. ¿Qué es eso? Más lista que una flecha, á traer á Bernardo... (Socorro no se mueve.) ¿Aún estás aquí? (La empuja golpeándola casi.) A ver si te despabilas... ¡Demonio de boba!

(Socorro sale por la puerta del fondo, mirando con intención á Inés.)

ESCENA VII

INÉS y MISIA FIDELA

INÉS Parece que no va de muy buena gana la criadita.

MISIA FID. ¡Ay, señora! Si todo hay que mandárselo cuatro veces... ¡Qué penitencia son los criados, señora!

INÉS (Aparte.) Este tono de mortificante familiaridad... Estas confidencias... ¿Qué es ella

sino otra sirviente? Yo no debiera estar en este sitio...

MISIA FID. Son un castigo, ¡y si no tuviera más que ese!... Pero los trabajos vienen al último de la vida, cuando las fuerzas se acaban. Pediré á Nuestra Señora de la Azucena para que nunca se vea la señora como me veo.

INÉS (Aparte.) Prefiero ese tono mendicante... ¡Pobre mujer! (Alto.) Misia Fidela, deseo que conserve usted un buen recuerdo de mi casual visita. (Aparte.) (Procedamos como quien soy, como una Montemor.) Quiero contribuir á aliviar... sus trabajos. Esta casa... he oído que quiere usted venderla.

MISIA FID. No habrá otro remedio .. La he hipotecado, y como no puedo pagar los réditos...

INÉS La compro... Yo tengo una en el campo, allá, cerca de Montemor. Es cómoda, antigua... Ocúpela, mientras viva, como dueña. No le faltarán hortalizas, frutas, leña, vaca. Le pasaré una pensión...

MISIA FID. (Queriendo besar las manos de Inés.) Es la misma Nuestra Señora de la Azucena quien ha venido á verme... ¡Dios la bendiga! ¡Dios la dé cuanto pueda desear! ¡Dios la conserve mil años guapa, y moza, y rica, y la corone después en el cielo!

INÉS ¡Basta, basta; no vale la pena! (Aparte.) Bernardo queda así en una situación más airosa... Hago una caridad y atiendo al decoro.

ESCENA VIII

DICHAS y SOCORRO

MISIA FID. ¿Le encontraste?

SOC. Sí... Ahí viene. (Con fatiga de haber corrido.)

MISIA FID. Ayúdame, dame el brazo, vámonos dentro. La señora ha de hablar con Bernardo. ¿Qué tardas?

SOC. Ya voy... (Se acerca á MISIA FIDELA.)
MISIA FID. Besa antes la mano de la señora. Es nuestra protectora, nuestro ángel.
SOC ¿Besar la mano?
INÉS ¡Qué disparate! Me da vergüenza... Basta, hija mía.
MISIA FID. (Por lo bajo.) O la besas la mano ó te sacudo.
SOC. (En el mismo tono) Sacúdame cuanto quiera.
INES ¡No la mortifique usted...! ¿Quieres darme un beso en la cara, Socorro?
SOC No señora. No soy yo quién para tanto favor...
MISIA FID. ¡Adentro! Ya te ajustaré las cuentas. (Entran en la casa por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX

INÉS; luego BERNARDO

(Bernardo entra y cierra la puerta. Señales de gran emoción contenida.)

INÉS ¡Por fin! Ha sido preciso que yo...
BER. Qué tú te humillases... Dilo claramente.
INÉS ¿Por qué te negaste á venir á mi casa?
BER. Nada tenía que decirte, Inés.
INÉS (Tiernamente.) No me hables enojado; no me hables con rencor. Ya ves, he vuelto, te he llamado, vengo por tí, no he podido olvidar... Rompiendo por todo, te ofrezco la reconciliación definitiva... No te impongo condiciones, no te pido que seas esto ó aquello; sólo te pido que vuelvas á mí. ¿No te acuerdas de nuestro jardín? ¿De aquellos pájaros que cantaban y callaban al ponerse el sol, de aquellos rumores de las hojas? Yo, en Montemor, estaba enferma de tanto recordar... Tuya soy, tuya mi voluntad, tuya mi mano.
BER. ¡Qué generosa vienes! ¿Ya no me exiges que

me adapte á la realidad? ¿Ya no me echas en cara mis sueños?

INÉS Fío en ti mismo. Tu entendimiento te dirá lo que te conviene. No me toca á mí guiarte.

BER. ¡Lo que es el destino! Hoy mismo, Inés, he formado la resolución de cambiar de rumbo, de entrar en la plenitud de la cordura y la razón. Porque no me harás la ofensa de suponer que he de ser á medias ninguna cosa, ni loco, ni cuerdo. Ahora se va á ver quién es un Bernardo Sálvora, sesudo, observador de la realidad, y también explotador de ella, ¡qué diantre! Ahora se va á ver lo que un hombre sube por fuera... cuando no le importa bajar por dentro.

INÉS ¡Bernardo! ¡Ese lenguaje, esos propósitos! Otro me pareces.

BER. Y otro soy. El Bernardo que en tí puso la secreta fiesta de su vida, ese, como le renegaste, se escondió en lo más hondo de su conciencia; desapareció. Otro Bernardo, activo, práctico, que en breve será piloto en el mar social donde va á engolfarse, es el que te saluda, el que se pone á tus pies. Dentro de algunos años, verás tú lo que la gente aplaude á este segundo Sálvora, que habrá sabido mentir con su lengua, morder con sus dientes, aplastar con sus puños, trepar con sus ágiles piernas, arañar con sus largas uñas. Se trata de hacer menos, infinitamente menos de lo que cabía en mí... Se hará... ¡y verás si me admiran, si se postran! Y en cambio, de aquel poeta, de aquel original que conociste... dentro de algún tiempo, es probable que ni tú misma te acuerdes.

INÉS Pero, Bernardo, si no hay obstáculos entre nosotros, si te quiero... ¿Lo oyes? Si te ayudaré; si cuanto valgo será la base de tu engrandecimiento, de tu nombre; si me entrego, si no discuto. ¿Por qué no me miras? ¿Por qué están frías tus manos?

BER. Es el hielo en que me envolviste, Inés... Atiende... El Bernardo de fuego era aquel, aquel con quien no pudiste identificarte. El Bernardo actual, con costra de nieve, se casaría con Inés de Montemor porque sería una boda envidiada, útil. ¡Útil tú! ¡Inés, para mí has sido el cielo! ¡No serás la tierra! No puedo utilizarle, ¿comprende? ¡Todavía respeto en tí... al Bernardo Salvora verdadero, al loquito, al que aprisiono entre rejas de hierro, á fin de que no haga de las suyas! Te respeto, locura mía, canto mío, juventud mía, te respeto... y no te sé acuñar en moneda contante. Inés, vuelve, vuelve á tu jardín, á tu palacio... (La va conduciendo rendidamente hasta la puerta.)

INÉS ¡Bernardo! ¡Bernardo de mi alma! ¡Es imposible que no te arrepientas! ¿Ves? (Coloca la llave por el lado de la puerta del jardín de Salvora.) Puedes entrar cuando gustes... ¡Te esperaré!

BER. ¡Adiós, Inés; adiós!...

(Escena muda. Inés no quiere irse. Al fin, cruza la puerta, pero se queda apoyada en ella, como si aguarse algún cambio de situación.)

ESCENA X

BERNARDO y SOCORRO

BER. No puedo más... Me voy tras ella... Voluntad, secreto de los fuertes, no me abandones...

SOC. (Saliendo.) Bernardo: viene ahí un tropel de gente. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Lloras?

BER. (Alzando la cabeza.) ¡Llorar! No, me río de mí mismo... Oye, Socorro, ¿ves esa llave?

SOC. Sí...

BER. Te la doy. Es tuya.

SOC. ¿Mía? ¿Puedo hacer lo que quiera con ella?

BER. Absolutamente.

SOC. (Coge la llave y la arroja por encima de la tapia al jardín de Inés.) ¡Ahí va!

INÉS (Por el otro lado.) ¡La llave! ¡Qué afrenta! (Se marcha dando señales de pena vivísima.)

ESCENA XI

BERNARDO, SOCORRO, SARMIENTO y ESTUDIANTES

SAR. (En la puerta del fondo.) Aquí están los compañeros. Bernardo: ¿qué respondes?

BER. A vuestra disposición... Vuestro incondicionalmente.

SAR. ¡Era tiempo!

(Aclamaciones; todos rodean á Bernardo, estrechándole la mano. Telón.)

FIN DE LA COMEDIA